

carne tiene en sí un soplo de vida» (*Génesis*, VI, 17). El *Eclesiastés* podrá decir una frase audaz «que el hombre y la bestia tienen el mismo soplo» (III, 19). Sí y no. También el animal tiene su origen en Dios, también él es un polvo que respira; pero el hombre es capaz de conocer la naturaleza de los animales, y darles un nombre que responde a esa naturaleza. Es un polvo que piensa. Por eso Dios le hace objeto de una intervención especial; por eso este relato, lleno de detalles pintorescos, no pinta al Creador recogiendo a los animales, como un pastor recoge su ganado, para llevarlos a la presencia del hombre, como indicando de esta manera que va a ser el rey de la creación. Y por otra parte, si se nos dice que Dios sacó a los animales de la tierra, no se dice que sopló sobre ellos. Esto es exclusivo del hombre, que precisamente por aquel soplo iba a tener la imagen y semejanza de Dios, con poder para dar su nombre a las cosas, y dotado, por tanto, de inteligencia y de voluntad. La filosofía nos demuestra que una criatura como el hombre descrito en el *Génesis* debe tener un alma inmortal, y, por tanto, esa intervención divina que vivifica el polvo de la tierra no es otra cosa que la creación del alma del primer hombre. El gesto divino es la expresión clara de esta verdad: el alma humana, sustancia espiritual, viene inmediatamente de Dios.

### TRES HIPOTESIS SOBRE LA FORMACION DEL CUERPO

No es tan fácil precisar la acción divina en la formación del cuerpo. Todos los teólogos están hoy de acuerdo en que el autor sagrado usa aquí un lenguaje figurado. Nadie piensa ya en la estatua de arcilla, que repugnaba ya a San Agustín. ¿Pero qué proceso se esconde bajo esas expresiones simbólicas?

Son muchos los autores que, eliminando

los dos escollos del antropomorfismo integral y de un evolucionismo, a su parecer, peligroso, afirman que Dios pudo crear directamente el cuerpo del hombre, sirviéndose de materiales inorgánicos y haciendo surgir de la tierra y del barro por un acto de su voluntad omnipotente la materia que iba a informar el alma de Adán.

Según otros, Dios habría sacado el cuerpo del hombre, no de la materia inorgánica, sino de un organismo animal, adaptado para recibir el alma humana. «El *Génesis* —dice uno de ellos— no afirma que, por la infusión del alma, el cuerpo del primer hombre, formado por Dios del polvo de la tierra, llegase a ser de inanimado animado, sino que se convirtió, según la expresión del hebreo, «en persona viviente». Y, por tanto, pudo ser que ese cuerpo, formado primitivamente del polvo del suelo, tuviese ya la vida, una vida inferior a la vida humana, y que Dios tomase ese ser ya vivo para convertirle por la infusión del alma en una persona viviente.»

Hay comentaristas audaces que van más lejos todavía. Según ellos, el cuerpo humano habría brotado por virtud de una serie discontinua de variaciones bruscas, dirigidas hacia su perfección por la Providencia; provocando enriquecimientos continuos, que abocarían, tras un largo camino, en la aparición del hombre. Dios habría hecho el cuerpo del hombre sirviéndose de las actividades naturales, como de manos o instrumentos de su poder. Abandonadas a sí mismas estas fuerzas, no hubiera llegado jamás a esa meta para la cual no las preparaba su constitución natural, pero movidas interiormente por un Dios, siempre presente a su creación, mezclado a sus obras, según la fórmula de San Agustín, pudieron producir los cambios que iban preparando la materia capaz de producir la última disposición necesaria para la infusión del